

**RICHARD MATHESON**

**Pesadilla a 20.000 pies**

y otros relatos insólitos y terroríficos



**Richard Matheson** nació en New Jersey (Estados Unidos) en 1926 y estudió periodismo en la universidad de Missouri. Como no encontraba un trabajo fijo en ningún periódico, decidió convertirse en "freelancer". Envío un primer relato, "Nacido de hombre y mujer", una recreación moderna del clásico "Frankenstein" de Mary Shelley, a la revista "Magazine of Fantasy and Science Fiction", que lo publicó con gran éxito en 1950. Seducido por el mundo del cine, escribió guiones, y en 1957 llegó a un acuerdo con la Universal para adaptar su novela "El hombre menguante", película esencial en la historia del cine fantástico.

"Pesadilla a 20.000 pies y otros relatos insólitos y terroríficos" reúne los mejores cuentos de terror de Matheson, algunos de ellos convertidos en episodios de la serie televisiva de culto "The Twilight Zone", emitida en los sesenta, y ahora en DVD.

Considerado por Ray Bradbury como uno de los más importantes escritores del siglo XX, y por Stephen King, al que dedica el volumen, como su maestro, Matheson ha escrito algunas obras fundamentales de la moderna literatura fantástica, como "Soy leyenda" (1954), o la citada "El hombre menguante" (1956).

"Cuando pensabas que el relato se iba a acabar —recuerda Stephen King—, cuando tus nervios ya no podían seguir soportándolo, entonces Matheson encendía el turbo y pasaba a la máxima potencia... Cuando la gente habla del género de terror, supongo que mi nombre es lo primero que menciona, pero sin **Richard Matheson** yo no estaría aquí".

*A Stephen King,  
con gran admiración,  
por recoger el testigo  
y llevarlo hasta el final*

## INTRODUCCIÓN

POR STEPHEN KING

Decir que Richard Matheson inventó el cuento de horror sería tan ridículo como decir que Elvis Presley inventó el *rock and roll*. ¿Qué pasa entonces, gritarían los puristas, con Chuck Berry, Little Richard, Stick McGhee, los Robins y docenas de otros artistas? Lo mismo se puede decir del género de horror, que es el equivalente literario del *rock and roll*, un porrazo rápido en la cabeza que te altera los nervios y hace que se te queden agradablemente doloridos.

Antes de Matheson hubo docenas, que se remontan al autor de la historia de Grendel, y a Mary Shelley, Horace Walpole, y Edgar Allan Poe, y Bram Stoker, y H. P. Lovecraft, y...

Pero, al igual que el *rock and roll*, o cualquier otro género que se introduzca a través de las terminaciones nerviosas, el horror debe regenerarse constantemente y renovarse o morir.

A principios de los cincuenta, cuando *Weird Tales* estaba muriendo su lenta muerte y Robert Bloch, el escritor de horror más importante del momento, se había pasado a los relatos psicológicos (y al mismo tiempo Fritz Leiber, a quien podemos considerar el igual de Bloch, había caído en un extraño silencio momentáneo) y el género languidecía en calma chicha, llegó Richard Matheson como un rayo de puro ozono.

Él solo se bastó para regenerar un género estancado, rechazando las convenciones de los *pulps* que ya estaban moribundas e incorporando a sus obras impulsos e imágenes sexuales de la misma manera que Theodore Sturgeon había empezado a hacer en la ciencia ficción, y escribiendo una serie de historias cortas y estruendosas que fueron como fogonazos de una tormenta eléctrica.

¿Qué recuerdo de aquellas historias?

Recuerdo lo que me enseñaron; lo que el regenerador más reciente del rock, Bruce Springsteen, transmite en una de sus canciones: no te retires nunca, chaval, no des tregua. Cuando pensabas que se tenía que acabar, cuando tus nervios ya no podían seguir soportándolo, entonces era cuando Matheson encendía el turbo y pasaba a la máxima potencia. Nunca aflojaba. Era implacable. Los tonos barrocos de Lovecraft, la ferviente prosa de los *pulps*, las insinuaciones sexuales, habían desaparecido por completo. Ahora te enfrentabas a un impulso tan puro que sólo las relecturas revelaban el ingenio, la astucia y el dominio de Matheson.

Cuando la gente habla de este género, supongo que mi nombre es el primero que menciona, pero sin Richard Matheson, yo no estaría aquí. Él es mi padre tanto como Bessie Smith fue la madre de Elvis Presley. Llegó cuando le necesitábamos, y estas historias conservan todo su hipnótico atractivo original.

Una advertencia: quedan en manos de un escritor que no pide cuartel y tampoco lo da. Les va a dejar secos... y cuando cierren este volumen les habrá entregado el mayor regalo que puede dar un escritor: querrán más.

## PESADILLA A 20.000 PIES

---

*(Nightmare at 20,000 Feet, 1962)*

—Los cinturones, por favor —dijo animadamente la azafata al pasar a su lado.

Casi al mismo tiempo que lo dijo, el rótulo sobre el arco de la entrada que comunicaba con el compartimento delantero se iluminó —ABRÓCHENSE LOS CINTURONES— con su correspondiente advertencia inferior: NO FUMAR. Wilson tomó una bocanada profunda y la exhaló a borbotones, y luego espachurró el cigarrillo sobre el cenicero del reposabrazos con un gesto irritado, como si estuviera dando puñaladas.

Fuera, uno de los motores tosió monstruosamente, vomitando una nube de vapores que se fragmentó en la atmósfera nocturna. El fuselaje empezó a temblar y Wilson, echando un vistazo por la ventana, vio la emisión de llamas surgiendo de la barquilla del motor. El segundo motor tosió, luego rugió, su turbina convertida instantáneamente en un borrón de revoluciones. Con tensa docilidad, Wilson se abrochó el cinturón sobre el regazo.

Ya estaban funcionando todos los motores, y la cabeza de Wilson palpitaba al unísono con el fuselaje. Permaneció muy rígido, mirando el asiento que tenía delante, mientras el DC-7 rodaba sobre la plataforma de estacionamiento, calentando la noche con el atronador estallido de sus escapes.

Se detuvo al borde de la pista de despegue. Wilson observó a través de la ventana el inmenso resplandor de la terminal. Pensó que a última hora de la mañana, duchado y vestido con ropa limpia, estaría sentado en el despacho de otro contacto, discutiendo otro negocio dudoso, cuyo resultado neto no añadiría ni una pizca de sentido a la historia de la humanidad. Era todo tan condenadamente...

Wilson tragó saliva cuando los motores empezaron su carrera de calentamiento previa al despegue. El sonido, que ya era fuerte, se volvió ensordecedor; oleadas de sonido que chocaban contra los oídos de Wilson como bastonazos. Abrió la boca como para dejar que se derramaran. Sus ojos se vidriaron como los de un hombre enfermo, sus manos se apretaron en garras tensas.

Dio un respingo, retrayendo las piernas, al sentir que le tocaban el brazo. Apartando la cabeza de golpe, vio a la azafata que le había recibido en la puerta. Le estaba sonriendo.

—¿Se encuentra bien? —Apenas consiguió distinguir sus palabras.

Wilson apretó los labios y agitó la mano ante ella como si quisiera espantarla. Su sonrisa centelleó con un resplandor excesivo, y luego se extinguió cuando se dio la vuelta y se alejó.

El avión empezó a moverse. Al principio de forma letárgica, como un coloso que se esforzara por levantar la carga de su propio peso. Luego con más velocidad, sacudiéndose la resistencia de la fricción. Wilson, volviéndose a la ventanilla, vio la pista oscura corriendo a su lado cada vez más rápido. Se produjo un gemido mecánico en el extremo del ala cuando bajaron los alerones. Entonces, de forma imperceptible, las ruedas gigantescas comenzaron a perder contacto con el suelo, y la tierra empezó a quedarse atrás. Debajo, centellearon los árboles, los edificios, las flechas de mercurio de los faros de los coches. El DC-7 se escoró len-

tamente a la derecha, elevándose hacia el resplandor gélido de las estrellas.

Por fin se enderezó, y los motores parecieron detenerse hasta que el oído de Wilson, al ajustarse, captó el murmullo de su velocidad de crucero. Un momento de alivio liberó sus músculos, transmitiéndole cierta sensación de bienestar. Luego pasó. Wilson permaneció sentado e inmóvil, mirando el cartel de PROHIBIDO FUMAR hasta que se apagó con un parpadeo, y entonces encendió un cigarrillo rápidamente. Rebuscó en la bolsa trasera del asiento que tenía delante y sacó su periódico.

Como de costumbre, el mundo se encontraba en un estado similar al suyo. Fricciones en círculos diplomáticos, terremotos y tiroteos, asesinatos, violaciones, tornados y colisiones, conflictos económicos, crimen organizado. Dios está en el Cielo y todo está en paz en la Tierra, pensó Arthur Jeffrey Wilson.

Quince minutos después, abandonó el periódico. Tenía el estómago fatal. Echó un vistazo al cartel de los dos lavabos. Ambos, iluminados, decían OCUPADO. Sacó su tercer cigarrillo desde el despegue y, apagando la luz de arriba, miró a través de la ventanilla.

A lo largo de toda la cabina, la gente ya estaba apagando las luces y reclinando los asientos para dormir. Wilson miró su reloj. Las once y veinte. Resopló cansinamente. Como se temía, las píldoras que había tomado antes de embarcar no le habían hecho el menor bien.

Se levantó bruscamente cuando la mujer salió del lavabo. Agarró su bolsa y avanzó por el pasillo.

Como era de esperar, su organismo no estaba cooperando. Wilson se levantó con un gemido de cansancio y se ajustó las ropas. Tras lavarse las manos y la cara, sacó el juego de aseo de la bolsa y exprimió un hilo de pasta sobre su cepillo de dientes.

Mientras se cepillaba, con una mano agarrada a la mampara para sujetarse, echó un vistazo a través de la portilla. A

unos metros de distancia estaba el azul pálido de la hélice interior. Wilson visualizó lo que ocurriría si se soltara y, como un cuchillo de carnicero de tres hojas, viniera dando vueltas hacia él.

Se produjo un encogimiento repentino en su estómago. Wilson tragó instintivamente, y un poco de saliva con sabor a dentífrico bajó por su garganta. Boqueando, se volvió y escupió en la pila, y luego, apresuradamente, se lavó la boca y bebió un trago. Santo Cielo, ojalá hubiera podido ir en tren. Tendría su propio compartimento, daría un paseo ocasional hasta el vagón cafetería, se sentaría en un sillón con una bebida y una revista. Pero en este mundo no disponía de tanto tiempo ni de tanta fortuna.

Estaba a punto de recoger el juego de aseo cuando su mirada se detuvo en el paquete de hule que llevaba en la bolsa. Vaciló; luego, dejando el pequeño maletín sobre la pila, sacó el paquete y lo abrió sobre su regazo.

Se quedó sentado, mirando la engrasada simetría de la pistola. Ya hacía casi un año que la llevaba encima. Al principio, cuando se le ocurrió, fue por el dinero que transportaba, para protegerse de un atraco, para estar a salvo de las pandillas juveniles de las ciudades que tenía que visitar. Pero, en el fondo, siempre había sabido que sólo había una razón válida. Una razón en la que pensaba todos los días. Qué sencillo sería... aquí, ahora...

Wilson cerró los ojos y tragó saliva rápidamente. Todavía podía saborear la pasta dentífrica en la boca, un leve picor de menta en flor. Se quedó sentado sobre el frío palpitante del inodoro, con el aceitoso revólver en las manos. Hasta que, de pronto, empezó a estremecerse de forma incontrolable. ¡Dios, déjame!, gritó su mente con brusquedad.

—Déjame, déjame —apenas reconoció el lloriqueo en sus oídos.

Bruscamente, Wilson se irguió en el asiento. Con los labios apretados, envolvió otra vez la pistola y la arrojó a la

bolsa, puso la cartera encima y cerró la cremallera de la bolsa. Se levantó, abrió la puerta y salió al exterior, volvió a apresuradamente a su plaza y se sentó, deslizando el bolso de viaje hasta su sitio exacto. Ajustó el regulador del reposabrazos y se reclinó hacia atrás. Era un hombre de negocios y tenía negocios que hacer por la mañana. Así de sencillo. Su cuerpo necesitaba sueño, y él le daría sueño.

Veinte minutos después, Wilson se inclinó lentamente y apretó el botón, enderezando el asiento, su cara una máscara de derrota. ¿Por qué combatirlo?, pensó. Era obvio que iba a permanecer despierto. No había más que hablar.

Había terminado más de la mitad del crucigrama cuando dejó que el papel cayera sobre sus piernas. Sus ojos estaban demasiado cansados. Irguiéndose, giró los hombros, estirando los músculos de la espalda.

¿Ahora qué?, pensó. No quería leer, no podía dormir. Y todavía faltaban —comprobó su reloj— entre siete y ocho horas para llegar a Los Ángeles. ¿Cómo iba a pasarlas? Echó un vistazo a la cabina y vio que, excepto un único pasajero en el compartimento delantero, todos estaban dormidos.

Una furia repentina y abrumadora le invadió. Quería chillar, tirar algo, golpear a alguien. Apretó los dientes con tanta rabia que le dolieron las mandíbulas, corrió las cortinillas con mano temblorosa y lanzó una mirada asesina a través de la ventana.

Fuera, vio las luces de las alas que parpadeaban encendiéndose y apagándose, y los relámpagos chillones del escape de las cubiertas de los motores. Ahí era donde estaba, pensó; a veinte mil pies sobre la tierra, atrapado en un cascarón aullante y mortal, atravesando la noche polar hacia...

Wilson dio una sacudida cuando un relámpago blanqueó el cielo, derramando su falso día sobre el ala. Tragó saliva. ¿Es que iba a haber tormenta? La idea de la lluvia y los fuertes vientos, del avión como una astilla en el mar del

cielo, no era agradable. Wilson era mal aviador. El exceso de movimiento siempre le ponía malo. Tal vez debería haberse tomado otro par de dramaminas para asegurarse. Y, por supuesto, su asiento estaba al lado de la puerta de emergencia. Imaginó que se abría accidentalmente; imaginó que era absorbido fuera del avión y que caía, chillando.

Wilson pestañeó y agitó la cabeza. Sintió un leve cosquilleo en la nuca al pegarse a la ventanilla y mirar al exterior. Se quedó inmóvil, bizqueando. Podría haber jurado...

De pronto, los músculos de su estómago se sacudieron violentamente y forzó la vista. Había algo arrastrándose sobre el ala.

Wilson sintió un temblor repentino y nauseabundo en el estómago. Santo Cielo, ¿es que algún perro o algún gato se había subido al avión antes del despegue y había conseguido agarrarse de alguna forma? Era una idea escalofriante. El pobre animal estaría enloquecido por el terror. Sin embargo, ¿cómo habría podido encontrar algún asidero en la superficie bruñida y barrida por el viento? Tenía que ser imposible. Puede que en realidad se tratara de un pájaro o...

El relámpago centelleó y Wilson vio que era un hombre.

No pudo reaccionar. Estupefacto, observó la figura negra arrastrándose sobre el ala. Imposible. En algún lugar, envuelta en capas de aturdimiento, una voz se lo decía, pero Wilson no la escuchó. De lo único que era consciente era del palpar titánico y casi desgarrador de su corazón... y del hombre que había fuera.

De pronto, como si le hubieran arrojado agua helada encima, se produjo una reacción; su mente saltó en busca del refugio de una explicación. Debido a algún descuido increíble, un mecánico había despegado con el avión y había conseguido aferrarse a él, aunque el viento le había arrancado las ropas, aunque el aire era escaso y casi gélido.

Wilson no se dio tiempo para contradecirse. Poniéndose en pie de un salto, gritó:

—¡Azafata! ¡Azafata!

Su voz fue un sonido hueco y repiqueteante en la cabina. Clavó el dedo en el timbre para llamarla.

—¡Azafata!

Llegó corriendo por el pasillo, su rostro tenso por la alarma. Cuando vio su mirada, se quedó paralizada.

—¡Hay un hombre ahí fuera! ¡Un hombre! —gritó Wilson.

—¿Qué? —La piel se estiró en sus mejillas, alrededor de sus ojos.

—¡Mire, mire! —con mano temblorosa, Wilson se dejó caer de nuevo sobre su asiento y señaló la ventanilla—: Está arrastrándose hacia...

Las palabras terminaron con un gorgoteo ahogado en su garganta. No había nada en el ala.

Wilson se quedó sentado, temblando. Durante un rato, antes de volverse, contempló el reflejo de la azafata en la ventanilla. Tenía una expresión vacía en el rostro.

Por fin, se volvió y la miró. Vio sus labios rojos separarse como si quisiera hablar, pero no dijo nada, sólo volvió a unir los labios y a tragar. Un intento de sonrisa distendió brevemente sus rasgos.

—Lo siento —dijo Wilson—. Debe de haber sido una...

Se detuvo como si hubiera terminado la frase. Al otro lado del pasillo una adolescente le miraba con la boca entreabierta, presa de una curiosidad soñolienta.

La azafata se aclaró la garganta.

—¿Necesita algo? —preguntó.

—Un vaso de agua —dijo Wilson.

La azafata se dio la vuelta y volvió por el pasillo.

Wilson tomó una honda bocanada de aire y se apartó del escrutinio de la jovencita. Se sentía como si no hubiera pasado nada. Eso era lo que más le desconcertaba. ¿Dónde estaban las visiones, los gritos, el golpear de puños sobre las sienes, el arrancarse los pelos?

Cerró bruscamente los ojos. Había un hombre, pensó. Había un hombre, de verdad. Por eso se sentía igual. Y sin embargo, no podía haberlo habido. Lo sabía con toda claridad.

Wilson permaneció sentado con los ojos cerrados, preguntándose qué estaría haciendo en aquellos momentos Jacqueline si estuviera en el asiento de al lado. ¿Estaría en silencio, atónita, sin habla? ¿O estaría, de una manera más comprensiva, haciendo todo tipo de aspavientos, sonriendo, charlando, fingiendo que no lo había visto? ¿Qué pensarían sus hijos? Wilson sintió que un sollozo seco amenazaba con estallar en su pecho. Oh, Dios...

—Su agua, señor.

Con una sacudida, Wilson abrió los ojos.

—¿Quiere una manta? —preguntó la azafata.

—No —agitó la cabeza—. Gracias —añadió, preguntándose por qué estaba siendo tan educado.

—Si necesita cualquier cosa, sólo tiene que llamar —dijo.

Wilson asintió.

Detrás de él, mientras permanecía sentado con el vaso de agua sin tocar en la mano, oyó las voces ahogadas de la azafata y de uno de los pasajeros. Dolido, Wilson se puso tenso. Se inclinó bruscamente y, teniendo cuidado de no derramar el agua, sacó la bolsa de viaje. La abrió, extrajo la caja de somníferos y se tragó dos. Estrujó el vaso vacío, lo introdujo en el bolsillo del asiento que tenía delante, y luego, sin mirar, corrió las cortinillas. Ya está... se acabó. Una alucinación no significaba que estuviera loco.

Wilson se giró sobre el costado derecho e intentó mantenerse firme contra el movimiento entrecortado de la nave. Tenía que olvidarlo, eso era lo más importante. No podía seguir dándole vueltas. Inesperadamente, descubrió que una sonrisa irónica se formaba en sus labios. Bueno, por Dios, al menos nadie podría acusarle de tener alucinaciones vulgares. Cuando se ponía, lo hacía a lo grande. Un

hombre desnudo arrastrándose sobre el ala de un DC-7 a veinte mil pies... era una fantasía digna del más noble de los lunáticos.

Su humor se esfumó rápidamente. Wilson sintió un escalofrío. Había sido tan clara, vivida. ¿Cómo habían podido ver sus ojos algo que no existía? ¿Cómo había podido lo que estaba en su mente hacer que el acto físico de ver sirviera a sus propósitos de una forma tan completa? No se sentía aturdido, ni mareado, ni había sido una visión amorfa y vaporosa. Había sido claramente tridimensional, había formado por completo parte de las cosas que veía y que sabía que eran reales. Eso era lo que le asustaba. No había tenido la menor cualidad onírica. Había mirado el ala y...

Con un impulso, Wilson retiró la cortinilla.

En el primer instante, no supo si sobreviviría. Parecía que todo el contenido de su pecho y de su estómago se estuviera hinchando horriblemente, el sobrante subiéndole por la garganta y la cabeza, ahogándole la respiración, apretándole los ojos. Prisionero en aquella masa hinchada, su corazón palpité acongojado, amenazando con reventar su envoltorio mientras Wilson permanecía sentado, paralizado.

Apenas a un palmo, separado de él por el grosor de un trozo de cristal, el hombre le estaba mirando.

Era un rostro repugnantemente maligno, no era un rostro humano. Su piel era mugrienta, de una aspereza de anchos poros; la nariz era un bulto achatado y descolorido; los labios estaban deformes, agrietados, separados por dientes de un tamaño grotesco y forma retorcida; los ojos estaban hundidos y eran pequeños... y no parpadeaban. El conjunto estaba enmarcado por un pelo revuelto y sucio que brotaba también en tupidos mechones de los oídos y la nariz del hombre, como si fuera un pájaro, y que bajaba por sus mejillas.

Wilson se quedó clavado a su asiento, incapaz de dar respuesta. El tiempo se detuvo y perdió su significado. To-

das las funciones y análisis cesaron. Todo se quedó paralizado en el hielo del estupor. Sólo continuó el latido del corazón, como un saltar frenético en la oscuridad. Wilson no era capaz ni de parpadear. Con los ojos abiertos, sin aliento, devolvía la mirada de la criatura.

Entonces, bruscamente, cerró los ojos y su mente, libre de la visión, se recompuso. No está ahí, pensó. Apretó los dientes, el aliento temblando en sus narices. No está ahí, sencillamente no está ahí.

Aferrando los reposabrazos con dedos que se volvían pálidos en los nudillos, Wilson fortaleció su ánimo. Ahí fuera no hay ningún hombre, se repitió. Era imposible que hubiera un hombre ahí fuera, agazapado en el ala, mirándole.

Abrió los ojos...

... y se encogió sobre el asiento con una bocanada de aire jadeante. El hombre no sólo seguía allí, sino que estaba sonriendo. Wilson cerró los dedos y se clavó las uñas en las palmas hasta que el dolor fue intenso. Siguió así hasta que no quedó duda alguna en su mente de que estaba completamente despierto.

Entonces, poco a poco, con el brazo tembloroso y entumecido, Wilson se estiró hacia el timbre para llamar a la azafata. No volvería a cometer el mismo error: gritar, levantarse de un salto, alarmar a la criatura para que huyera. Empezó a levantar lentamente el brazo, con un temblor horroizado en los músculos porque el hombre le estaba observando, los ojuelos siguiendo el movimiento de su brazo.

Apretó el botón cautelosamente una, dos veces. Venga ahora, pensó. Venga ahora con sus ojos objetivos y vea lo que yo veo... Pero dese prisa.

Oyó cómo se retiraba una cortina en la parte posterior de la cabina y, de pronto, su cuerpo se puso rígido. El hombre había girado su monstruosa cabeza en aquella dirección. Paralizado, Wilson le miró. Aprisa, pensó. ¡Por amor de Dios, dese prisa!